



CAPÍTULO VI

PASADA la media noche del 25 de Enero, el tren se detenía en la estación de Verona. Esta ciudad, amurallada por el gobierno austriaco durante su dominación, continúa con sus fortificaciones y sus piezas de artillería, pues el gobierno italiano la considera como plaza fuerte.

La mañana del 26 dimos un rápido paseo, pues no teníamos tiempo de detenernos. Lo más notable que encontramos al salir del hotel fué el Anfiteatro ó la Arena, lugar destinado en un principio, como se sabe, á los juegos de los gladiadores, á las exhibiciones de fieras, en cuyas garras perecían los primeros cristianos, y más tarde á los torneos caballerescos. Este Anfiteatro, menor que el Coliseo de Roma, es de forma elíptica,

y de su circuito exterior sólo quedan en pie cuatro arcos colosales. En la plaza Víctor Manuel, que está á pocos pasos de la Arena, los mejores edificios que se presentan á la vista son el palacio de la Gran Guardia y el del Municipio.

Hállase dividida la ciudad por el Adigio, uno de los ríos más caudalosos de Italia, navegable en parte, y atravesado en Verona por hermosos puentes, de donde se contempla una perspectiva agradable. Sobre una montaña se divisa el castillo de San Pedro, sede de Teodorico en los tiempos de la dominación romana, donde estaban las Termas, el Capitolio y el Teatro.

No carecen de interés los templos de la ciudad; pero es el más notable de todos, el de San Zeno. Se fundó con un donativo de Othón I, de Germania, viniendo á terminarse en el siglo XII. El pórtico se halla decorado con columnas que tienen bajo relieves de bronce, y se sostienen por extrañas quimeras de mármol rojo. En la gran ventana redonda se encuentra representada la rueda de la Fortuna. El interior del templo ofrece un armonioso conjunto por sus esbeltas columnas y la unidad de sus líneas. La cripta es admirable por sus columnas que tienen capiteles esculpidos de monstruos y follaje. Reposan allí los cuerpos de varios santos, y en la urna del centro, de artística forma, se halla el de San Zeno, patrón de la ciudad y de la diócesis.

Los monumentos más dignos de verse son el del Dante, el de Sammichelli, y el de Pablo el Veronés. El primero es el gran poeta de renombre universal; el segundo, célebre ingeniero militar, que dejó entre sus mejores obras la Puerta Nueva; y el tercero, ilustre

pintor que legó á la posteridad magníficos cuadros religiosos.

El Jardín Giusti merece visitarse para ver su aspecto general, que es bonito á causa de lo quebrado del terreno, por sus cipreses seculares; por las antigüedades que allí se conservan, y sobre todo por la vista de Verona que se admira en la parte más alta. Si este jardín no estuviera tan descuidado, sería el paseo favorito de los que visitan á Verona. La familia de los Giusti era fabricante de paños de lana, y donde ahora se ha plantado al jardín, se secaban antes esos paños al sol.

Lo primero que se viene á la memoria en esta ciudad es el nombre de Romeo y Julieta, los infortunados amantes, víctimas del odio que devoraba á los capuletos y montescos, y que inmortalizó Shakespeare con su genio dramático. Los veroneses no han aceptado como leyenda la historia de dichos amantes, y á todo el que visita Verona le enseñan la Casa de Julieta, edificio medioeval que tiene una inscripción en la cual se recuerda que fué construída por los Capuletos, y que es la misma *de donde salió Julieta por quien tanto lloran los corazones gentiles y los poetas cantaron.*

Hay á la entrada de la vía de los Capuchinos un fragmento de sepulcro y los veroneses sostienen la tradición, afirmando ser esa la tumba de Julieta y Romeo.

Nosotros nada podemos afirmar; pero se acerca la tarde y el tren nos espera. Llegamos á la estación, y á las pocas horas de viaje, el tren hacía alto en otra verdaderamente suntuosa: la de Milán.

Habíamos llegado, por fin, á la metrópoli de Italia, que si guarda vestigios de pasadas grandezas, también

ha sabido engalanarse con los atavíos de la época, transformándose en una de las ciudades modernas más hermosas del Viejo Mundo.

Colocada en el centro de una extensa y fértil llanura, Milán fué llamada así por los celtas que la fundaron



CATEDRAL DE MILÁN.

con el nombre de *Mittland* (tierra de enmedio). La primera iglesia de Milán fué erigida, según varios cronistas, por el Apóstol San Bernabé; San Ambrosio contribuyó poderosamente á su engrandecimiento y prosperidad; Atila, con sus bárbaros, la devastó, y á través de vicisitudes y glorias, Milán ha llegado á ser moralmente la capital de Italia, centro de la industria

y del comercio y principal emporio del arte musical.

Todo aquel que profesa culto al arte, lo primero que busca en Milán es el Duomo, y á fe que no le falta razón. Una inmensa mole de mármol blanco, llena de primorosos calados, una filigrana, podemos decir, es esa catedral, cuyo origen se pierde en la obscuridad de los primeros siglos del cristianismo. El primer golpe de vista que ofrece es admirable, y ocupado el espectador en contemplar lo maravilloso del conjunto, no tiene tiempo para fijarse en los detalles. Mucho podrá decir la crítica sobre tal ó cual cosa; pero generalmente hablando, no hay quien deje de confesar que esa obra suprema del genio será, como ha sido hasta ahora, la admiración de propios y extraños. Siguiendo un plan del cual no se han apartado ni un ápice, los más conspicuos artistas lombardos, han colaborado para embellecer ese templo, orgullo legítimo de la cristiandad. Los norte-americanos, que procuran imitar todo lo grandioso que ven en el mundo, hicieron del Duomo un pálido bosquejo con la Catedral de San Patricio, de Nueva-York, por más que no carezca de un mérito relativo.

Adoptado el orden gótico en la construcción de ese templo, lo han desarrollado felizmente todos los ilustres artistas que en él han puesto la mano. No son los números los que pueden dar idea de la magnificencia del templo cuya majestad asombra, sino la armonía de las líneas y la delicadeza con que se ha ejecutado cada estatua, cada moldura, cada perfil de ese grandioso conjunto. La aguja colosal que se desprende de la cúpula, en medio de las innumerables que la rodean, pa-

rece una reina cortejada por sus damas de honor; bellas todas, es cierto, pero aquélla de una hermosura que fascina. ¡Y cuándo se mira destacarse este magnífico templo frente á una plaza elegante y espaciosa, como sucede con el Duomo, más sorprendente es el efecto que causa al espectador! Para que se tenga idea de su magnitud, sólo diremos que llegan á seis mil las estatuas que adornan el exterior; obras todas bien acabadas por el cincel de eminentes escultores.

No sería fácil tarea la nuestra si pretendiéramos enumerar los asuntos desarrollados en los grupos marmóreos que ostenta la fachada. Entre esos grupos y entre sus columnas afligranadas cinco grandes puertas se dejan ver correspondiendo á otras tantas naves interiores, que hacen exclamar al creyente con el sagrado texto: «Verdaderamente es ésta la casa de Dios y la puerta del cielo.»

Todas las paredes del vastísimo templo se hallan literalmente cubiertas de vidrieras de colores, y cada una de ellas es un cuadro espléndido que tiene por asunto algún episodio de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen, ó de algunos santos. La tenue luz que por ellas penetra contribuye á la majestad de aquel sagrado recinto.

Notables son los dos monolitos de granito rojo que se ven á los lados de la puerta mayor, y no es menos digna de admirarse la meridiana trazada en la pared de la derecha, por los astrónomos de Brera, en 1786. No sería posible entrar en pormenores acerca de todos los objetos que adornan el interior, pues son incontables los frescos y las estatuas de mérito que contiene. Sí

haremos notar que una de nuestras compañeras de viaje dudó mucho, antes de convencerse palpando la realidad, que los adornos de las bóvedas, semejantes á encajes finísimos de Alenzon, fuesen obra del cincel, y no pinturas como había supuesto.

El altar mayor, tal como se encuentra en la actualidad, fué mandado construir por San Carlos Borromeo, Arzobispo de Milán, á quien todo el pueblo lombardo venera profundamente, por la caridad que siempre tuvo hacia los pobres y los desvalidos, en las épocas más calamitosas. Los púlpitos dorados é incrustados de plata que hay á los lados; los evangelistas y los doctores en que se apoyan, y los órganos de la parte superior son obras que han merecido siempre elogios calurosos por parte de los inteligentes.

En el ábside se guarda, dentro de una custodia de cristal de roca, el Santo Clavo que expuso San Carlos á la veneración de los fieles, y fué regalado, según se dice, por Santa Elena. El día 3 de Mayo, dedicado por la Iglesia para conmemorar la invención de la Santa Cruz, sube á tomarlo, para que el pueblo lo venere, uno de los Canónigos del Duomo.

En la cripta donde se halla una pequeña capilla, en la cual están figurados los episodios culminantes de la gloriosa vida del santo, reposa el cuerpo de San Carlos Borromeo, dentro de un arca con incrustaciones de plata y ricas joyas, regalo de Felipe IV, rey de España.

El cuadro de la Anunciación, enviado de Florencia á San Carlos, por Francisco I de Médicis, no sólo se admira como obra de arte, sino que es tenido en gran veneración por el pueblo de Milán, y lo prueba la gran

cantidad de *ex-votos* ofrecidos á la Santísima Virgen, que figuran allí.

La sacristía mayor encierra tesoros de arte difíciles de enumerar; entre ellos, por lo bello y lo raro, se distingue el monumento del Cardenal Marino Caracciolo, todo de mármol negro, adornado con seis hermosas estatuas.

Oímos la Misa, que se dijo conforme al rito Ambrosiano, en el altar dedicado á la Virgen del Arbol, llamado así por un gran candelabro de siete brazos que hay al frente, que tiene cinco metros de altura y puede sostener 28 cirios. Se considera como una maravilla del arte bizantino de la Edad Media; tiene siete ramos con hojas incrustadas de piedras preciosas, algunas de las cuales han sido robadas. A sus pies descansan los restos de Federico Borromeo, muerto en 1562.

Hay también una capilla donde se venera el Crucifijo que San Carlos llevó en procesión por las calles, durante la famosa peste que desoló la ciudad.

El bautisterio es digno de ser visitado. Se compone de cuatro columnas de mármol con capiteles de orden corintio labrados en bronce. La fuente bautismal, según se dice, fué tomada de las termas de Maximiliano el Hércúleo, y sirvió de urna á San Dionisio, Arzobispo de Milán, y á otros santos. Son además muy notables los bajo relieves antiguos que representan á los doce Apóstoles.

Apenas hemos podido bosquejar algo de lo mucho que encierra el Duomo en materia de arte. Salimos del templo, y volvimos una vez más las miradas hacia la cúpula para encantarnos con la vista de la espléndida